

GFS-141-B

Un hombre difícil  
(mecanografiado)



UN      HOMBRE      DIFÍCIL

Entremés en prosa con una carta de prólogo y otra de epílogo.

PERSONAJES: MATILDE, CHACHA SALVADORA y AGUSTIN. En Madrid. Epoca actual.

Sobre un blanco telón, a primer término, - como si fuese la segunda página del pliego de una carta, - aparecen trazados con rasgos seguros, varoniles, los siguientes renglones:

"y no quiero sacrificarte más. Comprendo que la culpa es mía; sólo mía. Pues si mía es la culpa, debo asumir la responsabilidad y sufrir las consecuencias. Te quise; tú sabes cómo te quise. Pero te fatigué con mis celos y mis impertinencias. Aunque me digas que no, te cansaste... y puedes creer que no experimenté la menor sorpresa cuando supe por tu padre que te casabas con Jaime. Es un buen chico. ~~¡Muy bien!~~ Creí que jamás podría interesar a una mujer; pero es un buen chico. No tiene, por ~~mucha~~ ~~suerte~~ suya, complicaciones psicológicas. Me dirás, con razón: -"¡Ay, Agustín, esa ausencia de complicaciones puede ser la base de mi felicidad!" Eso es lo que yo te deseo: que seas muy"...

=====

El telón, al elevarse, descubre el interior de una confortable estancia moderna, que tiene un poco de saloncito, otro poco de comedor, otro poco de despacho y muy poco de biblioteca: apenas unos libros de lujosas encuadernaciones en un estante. Por un ancho ventanal, - que unos visillos decoran, - penetran tamizados los rayos de un auténtico sol de primavera.

Ante una mesa baja y sentado en un sillón, AGUSTIN toma el desayuno que en una bandeja le ha traído la CHACHA SALVADORA. Agustín, que se envuelve en un amplio albornoz, no es todavía un otoñal. (Nos mata si conoce nuestra observación.) Pero tampoco es un joven que comience a labrar su posición. Ha llegado a los treinta y tantos, - alguien asegura que dobló la cuarentena, - disfruta de un buen pasar y se ha hecho acaso egoísta y, desde luego, comodón al lado de la servicial Chacha Salvadora que, desde la cumbre de una vejez vigorosa, ve en él a aquel niño rubio y sonrosado que durmió en sus brazos muchas noches cuando los "señores", que santa gloria hayan, iban de fiesta o concurrían al Real, atraídos por una Darclée o por un Constantino. La leal servidora, limpia y atildada, se ~~mantiene~~ mantiene de pie ante su señorito.

GUSTIN.- No insistas, Chacha. Este café es agua sucia.

SALVADORA.- ¡Bendito Dios! Ese café es Malta.

AGUSTIN.- Eso quería decir. Cuando no tengas café, café, prefiero la leche sola.

SALVADORA.- ¡Sola?

AGUSTIN.- Al menos, será agua limpia.

SALVADORA.- Hoy te has levantado optimista, Tino.

AGUSTIN.- He dormido bien, lo confieso. ¿Tú sabes lo que es un hombre sin preocupaciones? ¿Un hombre que ha roto definitivamente todas las amarras? ¿Un hombre que sólo tiene que pensar en esta Chacha Salvadora de sus entretelas, cuidadosa de su desayuno y su comida, de su ropa y sus comodidades?

SALVADORA.- ¡Ay, niño! Si me hubieses hecho caso, alguien más habría que cuidara de tí.

AGUSTIN.- (RIENDO) ¡La Manolita!

SALVADORA.- ¿Y por qué no? Era una chica tan simpática, tan modosa, ¡tan atenta siempre! Tú la mirabas al pasar por la portería...

AGUSTIN.- Porque tenía unos ojos bonitos.

SALVADORA.- Y ella creyó...

AGUSTIN.- Creyó que el señorito del principal se había enamorado de la porterita y que podía ser realidad el viejo cuento de la Pastora y el Príncipe. ¡Y en buen Príncipe se había fijado la muy tonta! Un solterón sin remedio, que no cuajó con ninguna mujer por el gran pecado de ser sincero con todas ellas.

SALVADORA.- Yo no sé a lo que tú llamas sinceridad; pero yo le he llamado egoísmo. (A UN GESTO DE PROTESTA DE ÉL) Egoísmo, sí; porque te has acostumbrado, te hemos acostumbrado, a que la mujer es un ser nacido para tu comodidad y tu halago. ¿Qué otra cosa hice yo toda la vida? ¿Y qué pago me has dado?

AGUSTIN.- ¡Ahora te lamentas, Chacha? (CARINOSO, ATRAYÉNDOLA) Anda, siéntate junto a mí y suéltame todas tus quejas.

SALVADORA.- Yo no me quejo; pero comprendo que se quejen las demás. (SE SIEN- TA A SU LADO) Aquella pobre Doña Elvira...

AGUSTIN.- ¡A tí no te gustaba nada!

SALVADORA.- No me gustaba, porque se pintaba como un coche mal pintado.



nía el prurito de vencer siempre.

SALVADORA.- (CON INTENCION) Pues ahora...la señorita de la Castellana...

AGUSTIN.- (SEVERO) Te ruego que de esa...~~haya~~ ingrata no me hables. Esto se ha acabado. De ella no me quejo, porque la quiero más de lo que se figura; pero de Jaime, uno de mis mejores amigos, nunca lo hubiera creído. ¡Tenía la obligación de esperar!

SALVADORA.- ¡Santo Dios! ¡Esperar también? ¡A qué? No, niño. (TOMA EN SUS MANOS LA BANDEJA) Tú has equivocado los papeles. ¡Desgraciado aquél que se pasa el tiempo esperando! Ya vés: yo he estado esperando a que desayunaras, ¡y mientras tanto se me ha quemado la leche en la cocina! (SE VA APRESURADAMENTE HACIA EL INTERIOR) (AGUSTIN TOMA ~~INDIFFERENTEMENTE~~ CON INDOLENCIA UN LIBRO Y COMIENZA A LEER. SUENA EL TELÉFONO EN UNO DE LOS MUROS DE LA HABITACION. NUESTRO SOLTERON SE LEVANTA Y DESCUELGA EL APARATO. ENTONCES COMIENZA A SONAR EL TIMBRE DE LA PUERTA DE LA CALLE)

AGUSTIN.- (HACIA EL INTERIOR) ¡Chacha! ¿Has oído? (UN RELOJ DE ALTA CAJA Y BELLA SONERÍA, QUE DA FRENTE AL PÚBLICO, DEJA OIR CLARAMENTE CUATRO CAMPANADAS. AGUSTIN SE FIJA EN ÉL Y MIRA LUEGO SU RELOJ DE PULSERA) Sigue retrasándose cinco minutos. O este reloj es una patata o mi relojero no sabe una patata de relojes.

SALVADORA.- (QUE VUELVE) La <sup>señorita</sup> ~~señorita~~ de Moraleda.

AGUSTIN.- (CON EXTRAÑEZA) ¿Quién?

SALVADORA.- Nueva en esta plaza. Al menos, para mí.

AGUSTIN.- (RECORDANDO) ¿Moraleda? ¿Morena y bajita?

SALVADORA.- Rubia y espigada; no muy niña, no mal parecida...

AGUSTIN.- ¡No la tengas en el recibimiento, Chacha! ¡Una señorita!...

SALVADORA.- Como ahora son las señoritas las que acuden a visitas a los caballeros...

AGUSTIN.- ¡Tú sabes para qué?

SALVADORA.- Me lo figure. (MUTIS)

AGUSTIN.- (DE PIE, MIRÁNDOSE EN UN ESPEJO) ¡Ni tiempo me dá para ponerme la americana! Moraleda...Moraleda...Por más que quiero recordar...

MATILDE.- (APARECIENDO, SEGUIDA DE CHACHA SALVADORA. ESTA SE RETIRA LUEGO DISCRETAMENTE) ~~¿verdad?~~ ¡Agustín?...

AGUSTIN.- El mismo. (RECONOCIENDOLA) ¡Adelante, Matilde! ¡Quién podía imaginarse! Ignoraba su visita. La hora...

MATILDE.- Es verdad. ¡Las cuatro de la tarde! Usted es quien debe perdonar mi atrevimiento. ¿Interrumpí acaso su sueño, su "toilette"?

AGUSTIN.- ¡Oh, no! De ninguna manera. Ya estaba arreglado: soy madrugador.

MATILDE.- Son curiosas las madrugadas, ¿verdad? La imaginación, serenada por un sueño reposado, vuela más ligera, más sutil. Yo no dejo nunca de ver amanecer.

AGUSTIN.- Yo, tampoco. Y, en cuanto lo veo, me acuesto.

MATILDE.- Y, de un tirón...

AGUSTIN.- ...¡Hasta las cuatro de la tarde! (REACCIONANDO) Menos hoy. Hoy sabía que vendría usted.

MATILDE.- ¿Cómo?

AGUSTIN.- Es decir, mi corazón me anunciaba una sorpresa. Me desperté, me aicalé... ¿Usted fuma?

MATILDE.- De...madrugada, no.

AGUSTIN.- Yo, a todas horas. Soy una chimenea insoportable.

MATILDE.- De modo que... ¿nadie, nadie, le anunció mi propósito de venir a verle?

AGUSTIN.- ¡Nadie! Yo hubiera ido a su casa.

MATILDE.- ¿Sabe usted dónde vivo?

AGUSTIN.- No. Pero pude enterarme.

MATILDE.- Hipócrita y anticuado. ¿A quién le interesa hoy esta conversación? ¿A mí? Pues aquí estoy. ¿Las conveniencias sociales? La vida moderna ha terminado con ellas.

~~Matilde~~

AGUSTIN.- ¿En nombre de la sociedad?

MATILDE.- En virtud de la conveniencia.

AGUSTIN.- Y a usted le conviene...

MATILDE.- Un hombre como usted.

AGUSTIN.- ¡Matilde!

MATILDE.- A mí me conviene un hombre como usted.

AGUSTIN.- ¿Se ha fijado bien en lo que dice? ¿Un solterón empedernido, lleno de caprichos, de arrebatos, de malas costumbres? ¿Un hombre habituado a toda suerte de comodidades y de muy pocas preocupaciones? ¿Un...

MATILDE.- No se esfuerce, porque todo eso, con sus consecuencias, es lo que me ha traído hoy hacia aquí. Pepita Maldonado...

AGUSTIN.- Le ruego que no la nombre. ¡Es la única mujer que no puede hablar mal de mí! Usted me conoció en su casa y sabe perfectamente lo que yo fui para ella.

MATILDE.- ¿Le guarda usted rencor por haberse casado?

AGUSTIN.- No, Matilde. Le guardo aún cariño, aunque ella no lo crea. Pero fué cruel cuando me plantó.

MATILDE.- Algo haría usted.

AGUSTIN.- ¡Ah! Eso, sí. Ser insoportable. Como con todas. Yo reconozco que he sido, que soy inaguantable. ¿Se lo dijo también Pepita?

MATILDE.- Todo lo contrario. No me ocultó su genio, su terrible mal genio...

AGUSTIN.- ¡Ah! ¿Tanto?

MATILDE

~~Matilde~~.- Pero me dijo que, precisamente por eso, le estaba agradecida a usted para "in eternum".

AGUSTIN.- No entiendo.

MATILDE.- Por el contraste. Ella se casó con un extranjero.

AGUSTIN.- ¡Ahora! Un carácter angelical, un hombre pendiente de ella...

MATILDE.- ¡Cá! Un salvaje. ¡Le pega cada paliza!...

AGUSTIN.- ¡Hola!

MATILDE.- Y, a cada p[er]liza que recibe, la infeliz se pregunta: "Si con este pobre diablo me ocurre todo esto, ¿qu[é] me habría pasado con Agustín?"

AGUSTIN.- (LEVANTÁNDOSE) Le advierto, señorita, que soy un hombre difícil, pero no un bárbaro.

MATILDE.- Ya lo sé. Si yo creyese que era usted un bárbaro, ¿habría venido a verle a las cuatro...de la madrugada?

AGUSTIN.- Gracias, Matilde.

MATILDE.- Yo, con toda franqueza, deseo mantener con usted unas relaciones perfectamente normales; y, como no olvido ~~mis~~<sup>sus</sup> confesiones, aspiro a que estas relaciones ~~www~~ no alteren en lo más mínimo su existencia cómoda, metódica o como quiera usted llamarla.

AGUSTIN.- Sin inconveniente alguno; pero no acierto...

MATILDE.- Si le parece, podemos salir un rato por las mañanas, a la hora del aperitivo.

AGUSTIN.- ¿Por las mañanas? Olvida usted que yo me levanto...

MATILDE.- ¡Perdón! Quise decir a las siete, a la hora de la merienda.

AGUSTIN.- ¡Encantado! Con una mujer tan seductora como usted es un regalo indescriptible para mí ir a merendar...donde usted me ordene.

MATILDE.- Muy amable. Luego,-con toda sinceridad se lo digo,- yo no tengo costumbre de salir de casa, pero por las noches podríamos frecuentar los teatros, los cines...

AGUSTIN.- Yo suelo ir al Club.

MATILDE.- ¡Ah! Entonces...

AGUSTIN.- Pero hay un término medio, si le parece: una noche con usted y otra noche en el Club. Así comentaremos juntos lo ocurrido en el Club la noche anterior.

MATILDE.- Y, al día siguiente, en el Club, tiene usted tema hablando de mí.

AGUSTIN.- ¡Soy un ~~ww~~ caballero!

MATILDE.- Era una broma.

AGUSTIN.- También yo bromeaba, Matilde. (VUELVE A SENTARSE. AHORA CERCA DE ELLA) Si a usted le interesan de verdad estas relaciones, todas las noches me tendrá ~~usted~~ en su casa. Porque supongo que seguirá viviendo con su madre.

MATILDE.- (SORPRENDIDA) ¡Agustín! *¿En mi casa?*

AGUSTIN.- ¡Le extraña?

MATILDE.- Es más de lo que yo pretendía.

AGUSTIN.- (AHORA CON CURIOSIDAD) Pues, ¿qué pretendía usted? ¡La verdad! Perdóneme, Matilde; pero yo he sido con usted totalmente sincero y encuentro en su actitud no sé qué misterio que me confunde y me hace temer...

MATILDE.- ¿Qué?

AGUSTIN.- Que todo esto que me cuenta usted tenga un sentido oculto o, al menos, un móvil poco claro. Y yo, que al verla de nuevo y al escucharla al cabo de los años, he sentido revivir no sé qué excepcional simpatía, <sup>su</sup> creo que no merezco esta inopinada pretensión suya de convertirme en un acompañante oficial por cines, teatros y salones de té. (MATILDE CALLA) ¿He puesto el ~~dedo~~ dedo en la llaga, Matilde? ¡Vaya!... No sea cobarde; que yo, entre otras cosas, he aprendido a ser comprensivo.

MATILDE.- (TEMEROSA AÚN) ¡Si yo me atreviese!...

AGUSTIN.- Atrévase sin miedo, Matilde; que ahora es cuando me parece que vamos a entendernos.

MATILDE.- Pero, usted me perdona, ¿verdad?

AGUSTIN.- Vayan por anticipado todos los perdones de un pobre pecador; y venga esa pequeña confesión de una mujer arriesgada.

MATILDE.- (DESPUÉS DE UNA LEVE INDECISION) ¿Es cierto...? (SE DETIENE; PERO UN GESTO ALENTADOR DE ÉL LA DECIDE A CONTINUAR) ¿Es cierto que todas las que fueron sus novias se han casado?

AGUSTIN.- ¿Cómo?

MATILDE.- ¿Es cierto que, a poco de terminar con usted, y aún en plenas re-

laciones, encontraron todas ellas con otro hombre la felicidad?

AGUSTIN.- No me habia dado cuenta; pero es posible. (ADIVINANDO) Y, usted pretende...

MATILDE.- ¡Concédame el favor de unas relaciones para que Gonzalo ~~me~~ se decida de una vez! (COMO ARREPENTIDA DE SU AUDACIA, OCULTA EL ROSTRO ENTRE LAS MANOS) Le repito que me disculpe.

AGUSTIN.- (SERENO) Y usted cree que, si yo accedo...

MATILDE.- (INGENUA) ¡Dicen que no falla!

AGUSTIN.- (PONIÉNDOSE OTRA VEZ DE PIE, COMO MOVIDO POR UN RESORTE) ¡Matilde!

MATILDE.- ¿Lo ve? Le ofendí en su amor propio. Perdón, perdón...

AGUSTIN.- No, Matilde. Me sorprendió solamente. Y me hizo usted con su sinceridad el inmenso favor de arrancarme una venda. (MATILDE LLORA) ¿Por qué se aflige?

MATILDE.- Fui loca. Pepita Maldonado tiene la culpa. (SE LEVANTA TAMBIÉN) Perdóneme.

AGUSTIN.- ¡No se vaya!

MATILDE.- Sí. No podría seguir soportando su mirada.

AGUSTIN.- Un favor, entonces.

MATILDE.- ¡Los que usted quiera!

AGUSTIN.- ¿Mañana, a las siete, en "Tundidor"?

MATILDE.- ¡No! ¡Qué locura!

AGUSTIN.- Yo, a las siete, la esperaré todas las tardes para tomar el té.

Soy "el acreditado Don Felipe" y para usted quiero serlo con mucho gusto.

MATILDE.- (CONFUNDIDA, INICIANDO EL MUTIS) Perdón, perdón....

AGUSTIN.- (LLAMANDO) ¡Chacha! (A ELLA) Por aquí, venga por aquí... (Y SALE ACOMPAÑANDO A MATILDE, QUE NO SE VA COMO PARECE, SINO ¡QUE "SE QUEDA")

====

El telón, que desciende en este preciso momento, ostenta otros renglones manuscritos. Delatan letra de mujer y pertenecen al comienzo de otra carta, mucho más sincera que la del prólogo:

"No puedes figurarte, querida Pepita, el agradecimiento que te tengo. ¿Te acuerdas de lo que te dije a raíz de mi primera conversación con Agustín? Aquel presentimiento de tu amiga Matilde hace tres meses es una deliciosa realidad. Agustín y yo nos adoramos. ¡No te sonrías, por Dios! Aquí falló la costumbre. Es muy poca cosa Gonzalo para hacer sombra a este hombre, que ni me parece insoportable, ni comodón, ni egoísta. Es, sencillamente, un hombre. Y, como por conductos de sinceridad y de buena fe pude llegar a su corazón, ¡figúrate el favor que me hiciste poniendo en mi ~~corazón~~ senda su cariño! Y esto que te digo no es una ilusión: pasado mañana, a las once, te esperamos en San Jerónimo, si quieres ver bendita ~~misma~~ nuestra felicidad. Lo hemos mantenido en secreto porque....."

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW